

Sobre el silencio inicial y la felicidad de hacer música

Luis Cobiella

Poeta y músico.

Fue Diputado del Común (Canarias).

[Preludio]

Este texto será como obertura de ópera romántica: un poco de cada cosa, un par de temas hilvanados con la condición de la brevedad.

En este preludio se me ocurre pensar en el silencio inmediatamente anterior al preludio, y observo que no es el común, que no es la mera ausencia de sonido; sino música. Hay en tal instante un preludio insonoro del preludio, una recogida tensión felina que va a lanzarse, ávida, sobre el sonido inminente. Algo de esto sucede por vía inversa en el momento inmediatamente posterior al sonido final cuyo carácter de música, durante décimas de segundo, habría de respetar el irrupiente aplauso para permitir la distensión.

Sobre el silencio inicial

Decía que el silencio inmediatamente anterior al preludio pertenece a la partitura. Me gustaría justificar este aserto.

Todo proceso vital —y llamo vivo a lo que cambia— alude al par dinámico *inestabilidad-reposo* (en ciertos sistemas organizados denominaríamos este par *diastolístico* o, más bellamente, corazón). Dentro del amplio campo de lo vivo y en radicales instancias, la música puede reducirse a tal gradiente. No hay inconveniente en que al oír la palabra

«música» entendamos *música tonal*, que aún nos marca a la mayoría, somáticamente incluso: más allá del cromatismo, la música serial y otras convenciones sonoras merecen la atención de exiguas minorías; por el contrario, rebosa la música tonal en conciertos y grabaciones de música «seria» o «clásica», ambos términos poco afortunados, y, masivamente, en la audiencia de la música «comercial»: salsa, rock, folclor, jazz, flamenco. A través de todo esto impera y sobreabunda la música tonal.

Esa música tonal radica en unos cuantos principios (que éstos sean convencionales, objetivos o naturales es otra cuestión que no puede comentarse en uno ni en diez artículos); entre los principios está el gradiente *inestabilidad-reposo*, según el cual lo débil busca el apoyo de lo fuerte, lo vacío tiende a llenarse, la disonancia se mueve hacia la consonancia (y nosotros con ella, nos conmovemos); y este *ir* del uno al otro polo del gradiente es un *ir* con tanta más fuerza y necesidad, con tanta más *vida*, cuanto mayores sean la debilidad o el vacío o la disonancia de partida y cuanto menor sea la distancia que separa de la fortaleza, la plenitud o la consonancia finales: no nos extrañe que estas dependencias, directamente proporcionales al objeto e inversamente proporcionales a la distancia,¹ nos recuer-

den los modos de la atracción universal entre los astros y de la atracción eléctrica entre partículas; no olvidemos que la atracción de los labios hacia el beso será más fuerte cuanto mayor el deseo y menor la distancia; no olvidemos que el cielo es más cielo cuanto más grande el amor y menos distante el prójimo herido al borde del camino de Jerusalén a Jericó.

Aplicado al ritmo el gradiente *inestabilidad-reposo*, el penúltimo toque en el redoble de tambor que concluye en tiempo fuerte conlleva la necesidad de ser seguido por el último toque: sería desconcertante, inquietante y desestabilizante quedarnos en el «ta» del «rataplán»: el *ta* es un ion inestable que busca el reposo del *plan*.

Aplicado el gradiente a la relación sonora, se descubren necesidades, avides incluso: así, el séptimo grado tiende, ascendente, a la tónica, el cuarto grado tiende, descendente, al tercero, tan gravitantes sus disonancias como próximos sus destinos, en este caso a la menor distancia posible: verdaderamente, el séptimo grado tiene sed del primero y el cuarto tiene sed del tercero, y somos nosotros los que sentimos la sed y la subsiguiente saciedad. Quizá por eso interviene algo «físico» cuando se *oye* música tonal, y menos físico y más «intelectual» cuando se *atiende* música serial.²

En todo caso, advertimos que el secreto radical del preludio está en una sucesiva yuxtaposición de gradientes que el agente sonoro induce en nuestro ánimo, según los cuales en un instante dado sucede la necesidad de nuevo instante. Y esto, que es raíz del arte, es al cabo raíz de la vida, según decía el clásico oriental:

*Ya he llegado al final de cualquier paso:
ya estoy en el principio del camino*

o según decía el místico:

*He saciado la sed: el agua viva
me dé la sed para buscar el agua.*

En cualquiera de estas dos citas se trata de expresar bellamente, es decir, más claramente, lo que antes decía: en un instante dado sucede la necesidad de nuevo instante.

Pues bien: en el momento inmediatamente anterior a la música, batuta en alto, en la inminencia del acontecer sonoro, ¿no se induce en nosotros un deseo, tal vez una avidez, de que suceda la música? He aquí, pues, que tal silencio, de alta densidad deseante, es iónico, yente, primer miembro de gradiente y, por tanto, es música, pertenece a la partitura.

Aparte esta reflexión sobre el silencio inicial, que pudiera enunciarse pretenciosamente, como todos los enunciados, «cualquier música comienza en un silencio», me gustaría añadir dos palabras.

Sobre la música que se hace

Hay un momento estelar en la historia de la música: el invento de su grabación. También me gustaría justificar este aserto.

La evolución y la comprensión musical dependen de la reiteración, precisan procesos de recurrencia, y esto de un modo y en un grado que resultarían sorprendentes en el caso de reflexionar sobre ello, cuestión que tampoco es cosa de una ni diez lecciones.

Para la necesaria reiteración y antes del gramófono, se reunían personas que, además de oír música, la hacían; o la veían hacer, lo cual es otra forma activa de oír. La música es para ser oída, por supuesto, y ello constituye el más general mas no el más gratificante de sus fines: también sucede la música para ser imaginada, compuesta y, sobre todo, actuada, y esto no es posible sin el aprendizaje y sin la presencia activa de un grupo de personas.

La técnica de la grabación permitió oír música sin hacerla o sin verla hacer, lo cual modificó gran parte de los condicionamientos operantes hasta entonces y, consecuentemente, el ritmo y el modo de evolución y la calidad de comprensión de la música, tal vez incluso la misma naturaleza de la música. No voy a hacer la enumeración descriptiva de tales condicionamientos: son en buena parte evidentes. En este momento sólo me interesa una observación al respecto.

Cualquiera de nosotros puede haber oído más veces y en mejores condiciones acústicas, técnicas y artísticas las sinfonías de Brahms que el propio Brahms; en mi caso particular, sé que he oído *El Anillo del Nibelungo* cien veces más que su autor; y más aún, he oído determinado fragmento de *Parsifal* las veces que he querido y como he querido: mientras comía, o paseaba, o reposaba, lo cual no estuvo nunca entre las posibilidades de

Wagner. Pero la grabación musical que así facilita la audición, ha reducido la necesidad y la ocasión de imaginar, componer y hacer música, y el grupo imprescindible sustituido queda por un solitario par de auriculares.

Lo que quiero decir es que hemos corrido el peligro de pagar las ventajas de la música grabada descuidando el gozo de hacer música en grupo: algo que hoy constituye un desafío a la inercia, a la economía, a la superficialidad, al facilismo y tiene la invicta elegancia de todos los desafíos y ofrece la gratificante esperanza de hacer música juntos, esa felicidad vetada a tantos. Pocas felicidades hay mayores que la de hacer música juntos. **A**

Notas

1. En vez de «inversamente proporcional a la distancia», podríamos emplear la expresión *directamente proporcional a la cercanía*, más cálida tal vez.
2. Fragmento de una conferencia del profesor Kretzschmar, personaje de la novela de Thomas Mann *Doktor Faustus*: «No hay arte más intelectual que la música, como lo demuestra el hecho de que, en ella, forma y contenido se entrelazan como ningún otro. Se dice generalmente que la música *se dirige al oído*. Pero esto lo hace, en cierto modo, nada más en la medida en que el oído, como los demás sentidos, es órgano e instrumento perceptivo de lo intelectual».